

De lo uno a lo múltiple. Debates sobre la cuestión nacional en la Yugoslavia de los años '60.

Agustín Cosovschi.

Cita:

Agustín Cosovschi (2013). *De lo uno a lo múltiple. Debates sobre la cuestión nacional en la Yugoslavia de los años '60. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/62>

De lo uno a lo múltiple

Debates sobre la cuestión nacional en la Yugoslavia de los años '60

Discutiendo con las teorías modernistas representadas por historiadores como Eric Hobsbawm o Ernest Gellner, los estudiosos de la República Socialista Federal de Yugoslavia (RSFY) han demostrado que en el sudeste de Europa los nacionalismos no fueron sólo el resultado de un artificio de las elites dirigentes, sino un fenómeno complejo que cobró impulso gracias al aliento de las clases dominantes pero arraigando en realidades ya existentes. Así, se ha perdido el halo que recubría los fenómenos nacionalistas como pura invención, para alentar en cambio una indagación histórica concreta en la historia cultural, política y social concreta de los movimientos y del pensamiento nacionalista.

Durante la década del '60 se produjeron acontecimientos clave que marcaron un nuevo rumbo en el modelo de organización que la Liga de los Comunistas buscó llevar adelante en la RSFY, abandonando la formas de organización centralistas y unitaristas en favor de una mayor descentralización, bajo la proclama de profundizar el *socialismo autogestionario* cuyas bases teóricas se habían desarrollado en oposición al socialismo estatista soviético. En el plano cultural, esta reconfiguración se tradujo en un debate entre quienes favorecían la idea de crear una cultura yugoslava unitaria y cosmopolita y quienes, en cambio, proponían la multiculturalidad y la cooperación entre culturas nacionales como forma de coexistencia entre las naciones constitutivas de la RSFY. El objetivo de este trabajo es exponer y analizar estos debates y su contexto, presentando así un mapa histórico y conceptual de lo que constituyó uno de los momentos fundamentales de disputa en torno de la definición de la idea de nación en la RSFY.

Si el individuo debe definirse por los fines de su acción política, basta con que estos fines sean simples como los de la moral para que la Revolución funde a la vez un lenguaje y una sociedad. O más bien, para que funde una sociedad a través del lenguaje: lo que se denomina una nación. Esta es la fiesta de la Federación.

François Furet

Durante los años '80 y '90, en la historiografía sobre los fenómenos nacionalistas cobró predominancia la tendencia que el historiador argentino Elías Palti denomina *antigenealogista*, un enfoque cuyo argumento central es que tanto la *nación* como el *nacionalismo* son inventos recientes, ficciones políticas que no preexisten al Estado moderno, sino que son más bien su producto. En esta línea, historiadores como Ernest Gellner¹ o Eric Hobsbawm² han trabajado para señalar la naturaleza artificial de la *nación*, con el objetivo de desposeer al discurso nacionalista de sus argumentos genealogistas o primordialistas. Así, el antigenealogismo apuntó correctamente hacia lo que constituye un fenómeno eminentemente político, contribuyendo a su desnaturalización.

Sin embargo, cayendo a veces presa de su propio normativismo, estructurado generalmente en base a binarismos tales como la distinción entre *ius solis* y *ius sanguinis* que separa y jerarquiza modelos nacionales como los de Francia y Alemania, los antigenealogistas muchas veces han encontrado dificultades para analizar el fenómeno

¹ GELLNER, ERNEST, *Nations and Nationalisms*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1983.

² HOBSBAWM, ERIC, *Nations and Nationalisms Since 1780*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

del nacionalismo en sociedades cuya historia se aparta de la marcha occidental hacia la democracia liberal. Ciertamente, el caso de los estudios sobre la historia de la ex Yugoslavia no es la excepción: si es cierto que durante la última década este campo se ha llenado de ricos trabajos e investigaciones que comenzaron a profundizar la comprensión del fenómeno nacionalista, la imagen de una Yugoslavia desgarrada tras la muerte de Tito por el juego político de elites oportunistas y líderes populistas que manipularon a las masas con discursos nacionalistas no ha sido del todo derribada.³

Intentando cuestionar aquella visión que interpreta el ascenso de los nacionalismos como el resultado de un puro artificio de las elites dirigentes, en este trabajo proponemos señalar la complejidad del fenómeno nacionalista en la ex Yugoslavia rastreando sus raíces en transformaciones simbólicas anteriores. Concretamente, nos remontaremos a la década del '60 para explorar los debates políticos sobre la cuestión nacional durante una etapa en la que el país atravesó profundos cambios en sus modos de organización social, económica, política y cultural.

Desde un enfoque histórico-conceptual que privilegia el estudio ideológico en las elites dirigentes, Dejan Jović afirma que es posible entender la historia política del proyecto yugoslavo como la sucesión de diferentes visiones sobre la organización política, económica y social del país, lo que el autor denomina “conceptos constitutivos”⁴. Así las cosas, el historiador croata propone analizar la historia de Yugoslavia desde su fundación a fines de la Primera Guerra Mundial hasta la disolución de los años '90 de acuerdo al curso de conceptos que, discusiones y disputas conceptuales mediante, se sucedieron como fundamento de la organización del proyecto yugoslavo. Central en la conceptualización de Jović es su análisis del pasaje de un concepto constitutivo a otro durante los años '60, con el abandono por parte de la clase dirigente del modelo centralista y unitario inaugurado en la posguerra por un modelo nuevo, descentralizado y eminentemente federal amparado en la teoría de la autogestión del esloveno Edvard Kardelj. En este movimiento desde un modelo de organización otro, el concepto de *nación*, elemento central para el discurso político moderno y organizador fundamental del discurso político yugoslavo desde fines del siglo XIX, no pudo sino ocupar un lugar

³No se hace aquí referencia a las interpretaciones milenaristas del conflicto que, pese a no tener ningún rigor científico, consiguieron calar profundo en el discurso de la prensa y los analistas internacionales durante los años de las guerras. Para ver un ejemplo paradigmático de esta artificiosa construcción de los Balcanes como un lugar de odios milenarios e irresolubles, ver el libro *Balkan Ghosts* de Robert Kaplan.

⁴ JOVIĆ, DEJAN, *Jugoslavija, država koja je odumrla*, Zagreb, Prometej, 2003.

central, puesto que el impulso del paradigma autogestionario se conjugó con el progresivo abandono en el plano ideológico y cultural de una concepción unitaria y supranacional del yugoslavismo en favor de una visión menos integral y más multinacional. Sin embargo, esta redefinición de la identidad yugoslava no dejaría de enfrentar resistencias, produciendo efectos de largo plazo para la estabilidad política del país.

El objetivo de este breve trabajo será entonces analizar el nuevo enfoque sobre la cuestión nacional a partir del nuevo paradigma autogestionario, en oposición al yugoslavismo unitario que lo precedía, anclado en la tradición paneslavista del movimiento ilirio. Como corolario, describiremos uno de los principales debates de los años '60, aquel que el escritor serbio Dobrica Ćosić mantuvo con el crítico literario esloveno Dušan Pirjevec acerca del nacionalismo y las relaciones culturales entre las naciones de Yugoslavia, con el objeto de dar cuenta de las resistencias que provocó esta transformación en el modo oficial de abordar la cuestión nacional.

Para ello, sin embargo, debemos comenzar por delinear los principales rasgos del primer concepto constitutivo según el cual el Partido Comunista de Yugoslavia pensó la organización del país en los primeros años de la posguerra.

Hermandad y unidad: los pueblos de Yugoslavia

La declaración fundacional de la Yugoslavia socialista tuvo lugar en Jajce, Bosnia, el 29 de noviembre de 1943. El Reino de Yugoslavia, fundado luego de la Primera Guerra Mundial bajo el nombre oficial de *Reino de los serbios, croatas y eslovenos* y encabezado por la dinastía serbia Karađorđević, había sido invadido en 1941 por las fuerzas del Eje, que habían instaurado el colaboracionista Estado Independiente de Croacia bajo el gobierno de los *ustaše* de Ante Pavelić. Dos fuerzas se habían organizado entonces para defender el territorio yugoslavo de la ocupación fascista: los nacionalistas *četnik* conducidos por Draža Mihajlović, que pretendían liberar al país de nazis y comunistas para restaurar la monarquía, y los *partisanos* dirigidos por el Mariscal Josip Broz Tito, quienes se proponían como meta no sólo la liberación nacional sino también la revolución social. Con el avance de los Aliados y el debilitamiento de las fuerzas del Eje, la balanza se inclinó eventualmente a favor de las fuerzas de Tito. Sin embargo, aunque el Ejército Rojo se encargaría de liberar Belgrado en 1944, serían los mismos partisanos los responsables de combatir a los *ustaše* y a los *četnici* en todo el resto del territorio

yugoslavo, lo que los dejaría en una posición privilegiada frente a los dirigentes del resto de Europa del Este, liberada mayormente por obra de las fuerzas soviéticas.

El fin de la Segunda Guerra Mundial vería nacer a una Yugoslavia nueva y socialista que unificaría federativamente a las nuevas repúblicas de Eslovenia, Croacia, Bosnia, Serbia, Macedonia y Montenegro. Con un mapa profundamente desequilibrado y complejo, y una historia reciente signada por los conflictos interétnicos de la Primera y la Segunda Guerra Mundial, la nueva Yugoslavia cargaba todavía con la imposibilidad de su predecesora de alcanzar un equilibrio político entre las diversas naciones y sus territorios. El peso demográfico y territorial de Serbia, dominante durante la monarquía y sólo comparable tal vez al de Croacia, hacía que el nacionalismo serbio fuera una de las principales amenazas a la estabilidad de la nueva federación. Mientras tanto el resto de las repúblicas se beneficiaban profundamente de la experiencia titoísta al alcanzar por primera vez cierto grado de independencia, luego de décadas de sumisión ya al imperio de los Habsburgo, ya al reino serbio de los Karađorđević. A las repúblicas se sumaban también dos regiones con fuerte pretensión de autonomía dentro de Serbia: Vojvodina al norte, con una importante minoría húngara y una historia cultural independiente de Belgrado, que recibiría el status de “provincia autónoma”, y el territorio de Kosovo y Metohija, ubicado en el sur de Serbia y con una población predominantemente albanesa, que recibiría un status de autonomía menor.

A la fragmentación y el desequilibrio se sumaba además una situación determinante: la dispersión de las naciones en diferentes puntos del mapa. La presencia en cada una de las repúblicas de comunidades nacionales de las repúblicas vecinas, salvo en la casi homogénea Eslovenia, creaba un clima de reciprocidad y dependencia mutua, al mismo tiempo que dictaba la virtual imposibilidad de unificar por completo a poblaciones nacionales en territorios autónomos. En el caso de la nación serbia, identificada sobre todo por la práctica del cristianismo ortodoxo y con comunidades muy extensas en Croacia, Bosnia y Montenegro, la dispersión de la comunidad nacional era una preocupación permanente y uno de los principales argumentos para justificar la unión de Yugoslavia, puesto que la unión de las repúblicas se traducía en una mayor unión de la nación serbia.

La política de Tito pretendía evitar la hegemonía que los serbios habían tenido en la Yugoslavia de preguerra, cuando su predominio se había traducido en el aplastamiento del resto de las naciones. Y, sin embargo, la sensibilidad nacional de Serbia tampoco

podía ser marginada, pues al fin y al cabo era una de las fuerzas predominantes de la RSFY. En consecuencia, la propuesta inicial Tito consistiría en la organización de un sistema político formalmente federal, pero sostenido en el monopolio del poder por parte de la dirigencia comunista desde Belgrado, ciudad capital de Serbia y de la federación al mismo tiempo. Esta organización, a su vez, se combinaría con el proyecto de generar poco a poco una consciencia nacional yugoslava y socialista que amalgamara y superara las particularidades nacionales, proyecto expresado emblemáticamente en el slogan partisano de *Hermandad y Unidad*, difundido para superar los conflictos interétnicos de la Segunda Guerra Mundial.

Anclada en la tradición paneslavista del movimiento ilirio, que en el siglo XIX había fundado la idea yugoslava y comenzado a construir puentes entre las culturas nacionales del sudeste europeo, la noción comunista de *Hermandad y unidad* pretendía unir en la diversidad a los pueblos de Yugoslavia con el cuidado siempre presente de distinguirse de la propuesta monárquica.⁵ Así las cosas, si la vieja Yugoslavia monárquica había asentado su legitimidad en la noción de que existía un pueblo formado por serbios, croatas y eslovenos que era tres y uno a la vez (en referencia también a la Sagrada Trinidad), los comunistas en cambio propondrían un concepto que unificaba en la pluralidad, haciendo referencia ya no al “pueblo yugoslavo” sino a “la hermandad de los pueblos de Yugoslavia”⁶. En este contexto, piedra angular de la unión yugoslava era, por supuesto, el derecho de cada una de las naciones constitutivas a la autodeterminación y a la virtual secesión, consagrado en la constitución.

Como explica el historiador Andrew Wachtel, aunque en la esfera cultural el hegemonismo serbio durante la Yugoslavia monárquica había sido mucho menos significativo que en la política, tras la Segunda Guerra Mundial había quedado asentada la creencia de que cualquier intento forzoso de unitarismo, incluso en la esfera cultural, era en realidad hegemonismo serbio camuflado. De allí que el concepto de *Hermandad y unidad* no buscara afirmar la idéntica naturaleza de las naciones constitutivas de la federación: la dirigencia comunista entendía que ya no era necesario probar que los

⁵ El caso de los macedonios, reconocidos oficialmente por primera vez en la historia del país y elevados al status de nación constitutiva a través de una república, es revelador de esta nueva visión, así como la devolución de dicho status a los montengrinos, que lo habían perdido al ingresar a la Yugoslavia monárquica.

⁶ WACHTEL, ANDREW, *Making a Nation, Breaking a Nation*, Stanford, Stanford University Press, 1998, p. 131.

pueblos de Yugoslavia eran un solo y el mismo. En cambio, se apuntaba a dimensiones de identificación supranacional que se acoplaran a las identidades nacionales preexistentes sin suprimirlas, con el objetivo último de formar una cultura mayor que conviviera con las culturas nacionales constitutivas. Un ejemplo paradigmático son tal vez los esfuerzos realizados en el área del lenguaje: el caso de la sanción del acuerdo de Novi Sad en 1954, que establecía que la lengua de los serbios, croatas y montenegrinos era la misma pero con diferencias dialectales, es una clara manifestación de esa tendencia a la búsqueda de dimensiones que permitieran fundar una vida cultural común para los pueblos de Yugoslavia⁷.

La Yugoslavia de Kardelj

En 1948, el gobierno de Tito rompió relaciones con la URSS, como resultado de diferencias en sus políticas exteriores y de las aspiraciones de industrializar el país contra los deseos de Stalin de mantenerlo como proveedor de materias primas. Para la historia del país, los efectos de esta ruptura serían categóricos. Yugoslavia no sólo iniciaría una política exterior independiente que la acercaría más a Occidente, y que más tarde se consolidaría con la integración del país en el Movimiento de Países No Alineados: a partir de entonces y a lo largo de los años '50 y '60, el Partido Comunista de Yugoslavia, rebautizado ahora como *Liga de los Comunistas* de Yugoslavia, daría impulso a un conjunto de transformaciones espectaculares en la organización económica, política y cultural bajo el paradigma teórico de la *autogestión*. Desarrollada por el esloveno Edvard Kardelj, uno de los principales cuadros teóricos del partido, esta propuesta de carácter descentralizante le permitiría a la dirigencia comunista no sólo trazar una ruptura con el pasado monárquico de Yugoslavia sino también distinguirse del modelo centralista soviético.

La propuesta de Kardelj estaba firmemente arraigada en el pensamiento marxista. En esta tradición, la noción de la “extinción del Estado” respondía a la necesidad de pensar el tránsito desde el socialismo al comunismo a partir de la toma del poder por parte de la clase trabajadora, así como a una crítica de la idea mucho más radical de la abolición del Estado que emergía del pensamiento anarquista. Ya en su respuesta a Proudhon y en el *Manifiesto comunista*, Marx había preconizado la necesaria desaparición del Estado como consecuencia de la implantación de un régimen socialista, puesto que el Estado era un

⁷ *Ibíd.*, p. 140.

producto necesario de la sociedad burguesa, la violencia organizada para la explotación de una clase por otra⁸. Tal como expresaba Engels en su célebre carta a Bebel, valorando la experiencia de organización que había significado la Comuna de París de 1871,

...mientras el proletariado *necesite* todavía del Estado no lo necesitará en interés de la libertad, sino para someter a sus adversarios, y tan pronto como pueda hablarse de libertad, el Estado como tal dejará de existir. Por eso nosotros propondríamos decir siempre, en vez de la palabra «Estado», la palabra «Comunidad» (*Gemeinwesen*), una buena y antigua palabra alemana que equivale a la palabra francesa «Commune».⁹

De esta forma, el concepto de la extinción del Estado, recuperado posteriormente por Lenin en *El Estado y la revolución*, se volvería la piedra de toque del pensamiento marxista sobre el Estado y la transición hacia el comunismo a partir de la dictadura del proletariado, y la *comunidad* se convertiría así en el destino programado tras la progresiva erosión del gobierno de los hombres, que se reemplazaría entonces “por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos de producción”¹⁰.

Con el modelo de la autogestión [*samoupravljanje*] propuesto por Kardelj, la idea de la extinción del Estado alcanzó un grado de realización novedoso en la historia. Pero no sólo en virtud de su peso teórico en la tradición marxista, sino también como consecuencia de la necesidad de proponer un programa diferente de aquellos proyectos frente a los cuales debía definirse el socialismo yugoslavo: por un lado, la Yugoslavia monárquica y centralista de entreguerras, en la que Serbia había subyugado al resto de las naciones, dando lugar más tarde a la revancha de los croatas aliados con el fascismo; por otro lado, el socialismo centralista soviético, cuyas aspiraciones hegemónicas ponían en peligro la independencia de la RSFY. Así las cosas, a partir de los años '50 el concepto de *autogestión* comenzaría a ocupar un lugar central en la ideología oficial del Partido

⁸ MARX, KARL, *Miseria de la filosofía*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú y MARX, KARL y ENGELS, FRIEDRICH, *Manifiesto comunista*, Perfil, Buenos Aires, 1997.

⁹ ENGELS, FRIEDRICH, *Carta a A. Bebel* en MARX, KARL, *Crítica del Programa de Gotha*, Moscú, Editorial Progreso, 1977.

¹⁰ ENGELS, FRIEDRICH, *Anti-Dühring*, citado en LENIN, VLADIMIR, *El estado y la revolución*, Buenos Aires, Prometeo, 2008.

Comunista de Yugoslavia (rebautizado *Liga de los Comunistas de Yugoslavia* luego de la ruptura con Stalin) y en el programa teórico de la transformación política, económica y social de la RSFY.

Como afirma Jović en su análisis del programa autogestionario¹¹, bajo el influjo del concepto kardeljano la extinción del Estado se convertía en un objetivo ya no abstracto sino real del modelo yugoslavo. Efectivamente, bajo el paradigma de la autogestión no sólo se impulsaron cambios revolucionarios en la organización de la producción, transfiriendo a los trabajadores el control de la producción y la inversión, sino también profundas reformas en relación a la distribución de tareas económicas y políticas entre el Estado federal y los Estados republicanos. Mediante la progresiva descentralización de las funciones de gobierno hacia las elites locales y el aumento de las prerrogativas de las repúblicas frente al poder central, la *Liga de los Comunistas de Yugoslavia* se concibió a sí misma como el portador de una tarea histórica, una vanguardia a cargo de impulsar la disolución necesaria del Estado central para estimular una transición más rápida hacia el comunismo vía el fortalecimiento de las repúblicas socialistas y sus comunidades autogestionadas. En palabras de Kardelj:

La federación de las repúblicas yugoslavas no constituye un marco para crear una nueva nación yugoslava, ni un marco para producir el tipo de integración nacional que alguna vez fue el sueño de los distintos protagonistas de la hegemonía y el terror desnacionalizante. Es una comunidad de naciones y de trabajadores libres, iguales e independientes, unidos por sus intereses comunes y por las aspiraciones y tendencias socioeconómicas, políticas, culturales progresistas de los trabajadores en la época del socialismo.¹²

Como se ve, la consolidación de la propuesta autogestionaria no implicaba sólo una ruptura con la experiencia de la Yugoslavia de entreguerras y con el programa del socialismo soviético, sino que constituía también un giro con respecto del concepto constitutivo que inicialmente había sustentado el proyecto yugoslavo y una redefinición del enfoque con el que se había abordado hasta entonces la cuestión nacional. Porque

¹¹ JOVIĆ, DEJAN, *op. Cit.*

¹² KARDELJ, EDVARD, *The Nations and Socialism*, Belgrado, STP, 1981, p. 137

originalmente la RSFY se había fundado bajo el programa más unitario de *Hermandad y unidad*, bajo cuyo auspicio se aspiraba a superar las particularidades nacionales en una síntesis supranacional que, sin suprimir las nacionalidades existentes, permitiera fundar una identidad común.

Sin embargo, si los comunistas yugoslavos habían asumido desde un principio la defensa de la autonomía nacional siguiendo el principio de oponerse a la explotación de los pequeños por los grandes, en cambio el nuevo enfoque se caracterizaría principalmente por una reivindicación de la nación como espacio de producción aún potencialmente progresivo para la emancipación de la humanidad. En el prólogo a la segunda edición de su obra *El desarrollo de la cuestión nacional eslovena*, Kardelj dedica algunos párrafos a repensar algunas de sus viejas concepciones, ancladas en las contribuciones de Stalin sobre la cuestión nacional, y reformula su visión sobre el asunto de acuerdo con el concepto autogestionario:

Stalin no consiguió explicar los efectos de “los vínculos económicos”, es decir, de la comunidad de “intereses económicos” en un “territorio compacto”. [...] En otras palabras, Stalin no vio el vínculo orgánico entre ciertas estructuras socioeconómicas y el fenómeno de la nación; no pudo ver que la nación es una parte integral de ciertas relaciones económicas y sociales y no sólo la manifestación de una consciencia específica que crece sobre la base de vínculos tecnológicos y económicos y una comunidad de intereses, que son su consecuencia.

[...]

La lucha por la afirmación de la nación en la época del capitalismo por lo tanto no era simplemente una lucha por los derechos democráticos y culturales del hombre, por el derecho al lenguaje propio y a la afirmación cultural independiente, por mejores condiciones económicas; también era una lucha por el avance social y cultural de la humanidad en general. *Y esa lucha no cesará mientras la nación objetivamente cumpla con la función socioeconómica para la cual emergió en la historia, es decir, hasta que el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones socialistas superen esa función* [la cursiva es nuestra].¹³

¹³ *Ibid.*, p. 130.

Como explica Kardelj, el concepto autogestionario funda su oposición al unitarismo y su propuesta descentralizante no sólo en la necesidad de oponerse a la sustracción de plusvalía de las naciones pequeñas por parte de las mayores. Además, reconoce que, en virtud de su papel histórico, la comunidad nacional sólo debe desaparecer cuando su rol se haya agotado como resultado de una transformación en las relaciones sociales. En pocas palabras: la única vía hacia la desaparición de la nación como forma histórica de la comunidad y como espacio privilegiado de producción es el desarrollo de las fuerzas productivas por la vía del socialismo, que según el paradigma autogestionario puede alcanzarse únicamente por la vía del empoderamiento de los trabajadores en su propia comunidad y lugar de trabajo. En cambio, según indica el esloveno, es necesario oponerse terminantemente a cualquier forma yugoslavismo o burocratismo centralista que pretenda unificar a los pueblos de Yugoslavia bajo una identidad superior, puesto que una política semejante sólo puede alentar el chauvinismo y tener efectos negativos sobre el acercamiento de los pueblos y el desarrollo de relaciones socialistas en el país.¹⁴ Así las cosas, afirma Kardelj, la única forma aceptable de yugoslavismo es la que entiende la comunidad de los pueblos de Yugoslavia como *una comunidad de intereses autogestionarios comunes*. Se trata, evidentemente, de una perspectiva fuertemente arraigada en la idea marxista de la extinción del Estado: si la nación está destinada a desaparecer según el desarrollo de las fuerzas productivas y el advenimiento del socialismo, lo hará únicamente a través de la emergencia de la comunidad.

Como es evidente, se trata de un abordaje mucho más radical de la cuestión nacional que el que la dirigencia comunista había sostenido durante los primeros años de gobierno. En la esfera cultural, tal como explica Wachtel, este nuevo enfoque también tuvo fuertes consecuencias:

La política cultural también cambió para ajustarse a la nueva visión descentralizada de Yugoslavia. Lo que es más importante, por primera vez en su historia como Estado, Yugoslavia renunció a la meta de crear alguna forma de cultura unificada por todos sus ciudadanos, abrazando en cambio lo que podría llamarse una imagen propia multinacional. En lugar de ver las particularidades culturales nacionales como algo a ser

¹⁴ *Ibid.*, p. 127.

superado por uno u otro medio, los líderes Yugoslavos decidieron abrazar la diferencia cultural y usarla como un signo de fortaleza.”¹⁵

De esta forma, la Yugoslavia socialista se reorganizaría bajo el influjo de un nuevo paradigma ideológico, impulsando la descentralización administrativa y económica, alentando la autonomía cultural de las repúblicas y dando lugar así al surgimiento de poderosas clases dirigentes locales a nivel republicano, con altos niveles de independencia frente al gobierno central, pero unidas bajo el manto del liderazgo comunista. La constitución sancionada en 1963 intentaría reflejar este nuevo orden de cosas, introduciendo la autogestión como concepto constitucional central.

Como era de esperarse, sin embargo, el giro hacia el concepto descentralizador kardeljano no dejaría de generar disconformidades en el seno de la clase dirigente y en la intelligentsia. La resistencia se haría sentir particularmente en Serbia, una nación que no en menor medida había apoyado el proyecto de Yugoslavia para mantener unida bajo un mismo Estado a su comunidad étnica dispersa, y cuyos dirigentes comunistas tradicionalmente se habían mantenido más cerca del concepto unitario y supranacional de raíz iliria. Con el correr de los años, las profundas transformaciones impulsadas por la Liga de los Comunistas generarían debates y resistencias que ni siquiera la posterior constitución de 1974, fiel expresión del paradigma autogestionario respaldada por todo el arco del comunismo yugoslavo, podría cerrar del todo.

La polémica Ćosić-Pirjevec

Los años '60 fueron una época de crecimiento y progreso en la Yugoslavia socialista, atravesada por las transformaciones de la descentralización autogestionaria y respaldada fuertemente por una posición ventajosa en la Guerra Fría, un firme crecimiento económico desde los años de la posguerra y un renacimiento cultural notable alentado por la “lucha de opiniones” [*borba mišljenja*] decretada tras la ruptura con el estalinismo, que habilitaba un clima de libertad de crítica único en el mundo comunista. En el contexto de la época, el otorgamiento del Premio Nobel de Literatura en octubre de 1961 al bosnio Ivo Andrić, cuya obra expresaba el sueño entonces todavía presente de crear una cultura yugoslava supranacional sincrética, fue interpretado como un signo de reconocimiento para un país

¹⁵ WACHTEL, ANDREW, *op. Cit.*, p. 174.

que se creía destinado a la grandeza. La celebración de la obra de Andrić, sin embargo, opacaba diversas discusiones y conflictos en torno del proyecto yugoslavo, particularmente en la forma de abordar la cuestión nacional.

Entre los debates que tuvieron lugar en esos años, el que enfrentó al escritor serbio Dobrica Ćosić con el crítico literario esloveno Dušan Pirjevec fue uno de los más célebres. Ambos eran miembros destacados de la elite intelectual yugoslava vinculada a la Liga de los Comunistas, y podemos considerar su intercambio a través de las páginas de diversas publicaciones del país como un episodio distintivo del clima intelectual de la época, así como un antecedente significativo de muchas de las discusiones que ocuparían la esfera pública en la Yugoslavia de los años '80.¹⁶

En enero de 1961, Ćosić dio una entrevista al periódico croata *Telegram* donde discutió las relaciones culturales entre las repúblicas de Yugoslavia, afirmando que los contactos eran insuficientes y sosteniendo que el enfoque de la colaboración seguiría existiendo mientras existieran las repúblicas, y mientras los partidos no atendieran el asunto. Pirjevec, crítico esloveno y editor de la publicación *Naša Sodobnost*, decidió emplear las páginas de su propia revista para responder a las afirmaciones de Ćosić. En sus propias palabras:

...tenemos que cuestionar la afirmación de Ćosić de que este tema persistirá mientras existan las mismas repúblicas. Esto puede significar que tendremos relaciones inter-republicanas pasivas mientras nuestras repúblicas sigan existiendo [...] Y desde aquí no es difícil concebir la retorcida idea de que todo se resolverá, incluyendo la pasividad del tratamiento inter-republicano, cuando las repúblicas dejen de existir.¹⁷

A partir de allí, recordando la situación durante la Yugoslavia monárquica, Pirjevec celebraba las intenciones de Ćosić de querer evitar el surgimiento de un nuevo chauvinismo nacional. Sin embargo, reafirmaba la santidad de las repúblicas, criticando al

¹⁶ Jelena Milojković-Djurić hace un detallado repaso de este debate en MILOJKOVIĆ-DJURIĆ, JELENA, *Approaches to National Identities: Ćosić's and Pirjevec's debate on ideological and literary issues*, East European Quarterly, XXX, No.1, Primavera de 1996.

¹⁷ MILOJKOVIĆ-DJURIĆ, JELENA, *op. Cit.*, p. 3.

novelista por no prestar suficiente atención al riesgo de que su propuesta supranacional condujera a la restauración de un hegemonismo expansionista serbio.

Dado el carácter sensible de la temática en discusión, Ćosić decidió responder en un artículo publicado en la revista *Delo*, en el que pretendía desarrollar mejor su visión del nacionalismo, aquel demonio conjurado por el discurso de posguerra, que los comunistas identificaban con el pasado monárquico de Yugoslavia y con los intereses de clase de la burguesía y la pequeña burguesía. El texto se titulaba “Sobre el extemporáneo nacionalismo contemporáneo” (*O nesavremenom savremonom nacionalizmu*). Allí el novelista afirmaba que era preciso recordar que las repúblicas no eran el resultado de movimientos nacionales separados, sino que eran el resultado de la libre determinación y la igualdad de todos los pueblos de Yugoslavia bajo el liderazgo de la Liga de los Comunistas. Ćosić entendía que el objetivo de Yugoslavia no era la destrucción de las identidades nacionales, parte esencial de la condición humana; incluso veía en el crecimiento del nacionalismo un reflejo de una tendencia global mayor, que no podía sino reflejarse también en Yugoslavia. Sin embargo, señalaba los riesgos que entrañaba el ascenso político de una generación que comenzaba a dominar las burocracias locales con una mayor lealtad hacia las repúblicas que hacia la federación. De esta forma, pese a que reconocía en las marcas nacionales una de las bases de la riqueza cultural yugoslava, entendía también que era preciso combatir esta tendencia y trabajar en la integración y cooperación de las naciones yugoslavas. La hermandad de los pueblos yugoslavos no era para Ćosić una noción literaria, sino un proyecto político real.¹⁸

La polémica continuó, bajo la premisa de que ambos interlocutores valoraban el papel de los ámbitos nacionales en los procesos de producción cultural, y eventualmente sus acuerdos y disidencias pudieron ser moderados por su común pertenencia al partido. El intercambio, sin embargo, señalaba las tensiones que entrañaba definir un modo de abordar la cuestión nacional en la Yugoslavia socialista, pese a la idea generalmente afirmada y compartida de que el nacionalismo era un fantasma del pasado. Vale la pena señalar que aún entonces el discurso oficial no se oponía abiertamente a la idea de fundar una identidad unitaria, y la postura de Ćosić era consistente con una visión aún presente en la Yugoslavia socialista. Es más: de acuerdo a algunos autores que trabajaron con material de archivo referido a esta polémica, la postura de Ćosić no era sólo respaldada por cuadros conservadores del comunismo serbio, sino que era incluso la postura de

¹⁸ MILOJKOVIĆ-DJURIĆ, JELENA, *op. Cit.*, p. 7.

Tito¹⁹. La respuesta de Pirjevec, en cambio, reflejaba el enfoque de la cuestión nacional que poco a poco comenzaría a imponerse como doctrina oficial la Liga de los Comunistas por esos años de la mano de Kardelj. Las consecuencias de este nuevo paradigma para la estabilidad política del país se revelarían con el pasar de los años.

La nación en debate

Tal como nos enseña la historia conceptual, los conceptos políticos modernos son intrínsecamente polémicos. Entre ellos, el concepto de *nación* tiene un lugar privilegiado en el discurso político moderno: en lo que atañe a la función de *representación* tal como se entiende desde los tiempos de la Revolución Francesa, la *nación* funciona como una trasfiguración de ese sujeto político que es el *pueblo*, depositario de la soberanía, cuya expresión queda por definición sujeta a la constitución de un poder representante. Para la moderna teoría de la representación, el pueblo tiene la particularidad de desaparecer luego de constituirse, siguiendo una lógica según la cual los representados tienden a desaparecer en la figura de los representantes.²⁰

Lo que algunas miradas teñidas de antigenealogismo tienden a perder de vista bajo la idea directriz de que la nación es un artificio de las clases dirigentes es que el nacionalismo no emerge de manera espontánea, sino que es el resultado de tensiones preexistentes; que las elites dirigentes no pueden movilizar poblaciones ex nihilo con interpelaciones enardecidas, sino que estos discursos siempre encuentran un anclaje en realidades anteriores porque en la modernidad la nación *ya está siempre en debate*. El discurso nacionalista apela a tensiones existentes e inexorables propias de la forma moderna de la representación política, y es por ello que es imposible comprender su eficacia sin examinar las condiciones simbólicas en las que opera. Por eso mismo, en este breve trabajo hemos querido señalar algunos antecedentes de las discusiones sobre la cuestión nacional en las década del '60 en la ex Yugoslavia, con el objeto de mostrar que muchas de las tensiones que los años '80 verían reemerger estaban planteadas desde hacía décadas. No lo sabían entonces, pero cuando Ćosić y Pirjevec discutían sobre cómo debían interactuar las culturas nacionales y cuáles debían de ser las metas de una política cultural que respaldara el proyecto yugoslavo, estaban ya sentando las bases para debates posteriores: durante la crisis de los años '80, serían precisamente las

¹⁹ WACHTEL, ANDREW, *op. Cit.*, p. 176.

²⁰ DUSO, GIUSEPPE, "Génesis y lógica de la representación política moderna", Revista *Fundamentos*. Cuadernos monográficos de Teoría del Estado, derecho público e historia constitucional, Nº3, año 1998.

intelectualidades serbia y eslovena las que, pese a estar unidas por su crítica conjunta al autoritarismo comunista, protagonizarían las discusiones más duras en torno del futuro de la federación, con los eslovenos impulsando una flexibilización del proyecto yugoslavo y los serbios, en cambio, declarando la necesidad de endurecer la unión.

En el largo plazo, la organización de Yugoslavia bajo el concepto constitutivo kardeljano contribuiría a sentar las condiciones para su propia crisis. En la gestión de la economía y la política, el resultado de la aplicación de las directivas autogestionarias sería la descentralización administrativa, la creciente desarticulación económica entre las repúblicas, el empoderamiento de las elites locales y el desarrollo desigual de las diferentes regiones de la federación. En lo que atañe a la cultura, los efectos de este nuevo paradigma se harían sentir en una creciente autonomización de las esferas culturales locales, un progresivo aislamiento de las repúblicas y la desintegración del sentimiento de comunidad en la federación. Así, en un clima de crisis que la muerte de Tito y la crisis económica sólo podrían agravar, el Estado yugoslavo marcharía, tal como dice la metáfora marxista, rumbo a su propia extinción.

BIBLIOGRAFÍA

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas*, México, FCE, 2007.

Duso, Giuseppe, "Génesis y lógica de la representación política moderna", *Revista Fundamentos. Cuadernos monográficos de teoría del Estado, derecho público e historia constitucional*, N°3, año 1998.

Gellner, Ernest, *Nations and Nationalisms*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1983.

Hobsbawm, Eric, *Nations and Nationalisms Since 1780*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

Jović, Dejan, *Jugoslavija, država koja je odumrla*, Zagreb, Prometej, 2003.

Kardelj, Edvard, *The Nations and Socialism*, Belgrado, STP, 1981,

Marx, Karl, *Crítica del Programa de Gotha*, Moscú, Editorial Progreso, 1977.

----- *Miseria de la filosofía*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú.

Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Manifiesto comunista*, Perfil, Buenos Aires, 1997.

Miller, Nick, *The Nonconformists*, Budapest, CEU Press, 2008.

Milojković-Djurić, Jelena, *Approaches to National Identities: Ćosić's and Pirjevec's debate on ideological and literary issues*, *East European Quarterly*, XXX, No.1, Primavera de 1996.

Vladislavljević, Nebojša, *Serbia's Antibureaucratic Revolution*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2008.

Wachtel, Andrew, *Making a Nation, Breaking a Nation*, Stanford, Stanford University Press, 1998.